

sitiados, que, arrojándose sobre ellos por todas partes, entraron en su campamento y cogieron en la tienda del visir la bandera imperial. Hubo en esta derrota una nueva y espantosa mortandad, siendo muy difícil de averiguar á punto fijo el número de muertos, porque la mayor parte de estos quedaron sepultados en el mar.

Lejos de detener á Mahomet este suceso desgraciado, le inspiró una rabia mucho mayor contra los cristianos; y al mismo tiempo que se malograba la expedición de Rodas, meditaba aquel sultán indómito y extremadamente avaro invadir la Italia y hacer que la antigua Roma experimentase la misma suerte que la nueva (1). Achmet-Baja, célebre por la conquista de Teodosia, marchó con una armada igual á la de Rodas y fué á embarcarse á Valona, en el Epiro, distante quince leguas de Otranto, ciudad marítima de Calabria. Llegó á ella el 21 de agosto, y después de diez y siete días, en los cuales no cesó de batirla de día ni de noche, la conquistó, pasó á cuchillo á todos sus habitantes, sin perdonar á las mujeres ni á los viejos, y solo reservó á los niños para llevarse los esclavos. Las señoras más principales padecieron, antes de morir, unos ultrajes mil veces más odiosos que la misma muerte. Fueron despedazadas las mujeres que se hallaban en cinta, con las criaturas que llevaban dentro de su seno; despojadas las vírgenes; violadas las religiosas en los templos; degollados los sacerdotes en los altares; pisoteados por los caballos y por los soldados los ancianos que apenas conservaban aliento vital; el arzobispo, que á pesar de sus muchos años y achaques, con una cruz en la mano y revestido de sus hábitos pontificales, exhortaba á su pueblo á permanecer firme en la fe cristiana, fué serrado por la mitad del

(1) Chate. t. 11, n. 29.

cuerpo con una sierra de madera; y ochocientas personas fueron arrastradas fuera de la ciudad enteramente desnudas, y degolladas una tras otra, después de haber protestado que querían más bien perder la vida que renunciar su Religión. Se dió luego á este lugar el nombre de *Valle de los Mártires* (1480).

La conquista de Otranto abismó á toda la Italia en una estúpida consternación (1). No se pensaba ya en defenderse, sino en abandonar el país. En el primer sobresalto intentó el Papa salir de Roma y retirarse á Aviñon; pero no tardó en recobrase, y tomó providencias, así para preservar los Estados de la Iglesia, como para librar á la Religión de la ruina total que la amenazaba. Envió, pues, inmediatamente á Pulla veinte y cuatro galeras que se habían aprestado para socorrer á los caballeros de Rodas: y este golpe decisivo sirvió para contener los progresos del general turco, que habiéndose apoderado de algunas otras plazas después de la conquista de Otranto, infestaba todo el mar Adriático, y estaba ya cerca de Loreto, con el designio de llevarse sus inestimables riquezas. Como los turcos no tenían comparación con los europeos, y en especial con los italianos, en la inteligencia de la marina, se retiraron precipitadamente y con un terror tan extraordinario, que algunos lo miraron como cosa sobrenatural. Pero así como es tentar á Dios el omitir los medios humanos por pedir milagros, así también es caer en la credulidad el atribuir á milagro los efectos, aunque sean extraordinarios, de los medios humanos. Exhortando al mismo tiempo el Papa á todos los príncipes cristianos á que prefiriesen la guerra del Señor á sus desavenencias particulares, los invitó, igualmente que á los prelados, á que pasasen

(1) Boss. t. 2, l. 11, n. 15.

á Roma lo más pronto que pudiesen, para tratar todos juntos de lo que entonces era más importante que nunca para la conservación de la fe cristiana. Hubiera sucedido sin duda alguna con este congreso (el cual no llegó á tener efecto) lo mismo que con otros muchos, en que los príncipes sacrificaron los intereses más urgentes de la Religión á los suyos propios y á sus resentimientos particulares; pero el cielo acudió al socorro de la Iglesia de un modo tan imprevisto como eficaz. En el momento en que destituida de todo otro medio de defensa, y perseguida con encarnizamiento por el enemigo más peligroso que había tenido en ningún tiempo, no podía esperar mejor suerte que la de una esclavitud universal, precipitó la muerte al sultán desde el punto más brillante de su elevación. Triunfó el Arca del Señor, cuando si no estaba en poder de los filisteos, la faltaba muy poco para caer en él. Castigó el Señor al nuevo Geteo, el cual murió de repente el día 3 de mayo del año 1481, ya fuese de veneno ó de resultas de un absceso pestilencial, cuando iba á emprender de nuevo el sitio de Rodas y enviar otra armada á Otranto. Tenía cincuenta y tres años, y había reinado treinta y uno, señalándose en todos ellos con grandes hazañas y con mayores maldades.

Esta muerte fué profetizada como una señal de la protección que dispensa el Señor á su Iglesia, por un santo religioso franciscano, llamado Jacobo de la Marca, hombre poderoso en obras y en palabras, lleno del espíritu apostólico y reverenciado como profeta en Austria, Bohemia, Hungría y Polonia, donde hizo innumerables conversiones. Los reyes y los emperadores le miraban como depositario del poder de Dios. Había predicho á Sisto IV, cuando este no era más que un pobre fraile franciscano, que sería general de su orden, cardenal y últimamen-

te Papa. Murió en Nápoles, y fué canonizado por León X.

Dice Felipe de Comines que Mahomet II, Luis XI y Matias, rey de Hungría, esto es, un conquistador malvado, un político fementido y un héroe lleno de vanidad, eran los tres hombres más insignes que habían reinado en el espacio de más de cien años. Pero ó Comines no creía que la virtud contribuyese á formar el carácter de los grandes hombres, ó tuvo en muy poco á los príncipes de su siglo. Mahomet dejó dos hijos, el primogénito llamado Bayaceto, de corto talento, poco belicoso de genio y no muy amado de su padre; y Zem ó Zizim, amante de las armas y de las letras, lleno de inclinaciones generosas y tan estimado de Mahomet, que parece había fundado en él las esperanzas del imperio. En efecto, quiso este jóven príncipe quitar el trono á su hermano, pretestando que él había nacido siendo ya emperador Mahomet, y Bayaceto cuando no era más que un particular. Pelearon los dos competidores con el furor que era de esperar de la grandeza del imperio que había de ser premio de la victoria, y de la circunstancia de ser hermanos enemigos los que se le disputaban. Pero la suerte de las armas no se declaró á favor del mérito, pues derrotado dos veces Zizim por el vencedor de Otranto, Achmet-baja, tuvo que buscar un asilo en la generosidad de los caballeros de Rodas, los cuales le enviaron á Francia.

Mientras duraban estas divisiones del imperio otomano, se vió por la indolencia que mostraron los príncipes cristianos en unas circunstancias tan favorables el poco caso que debía hacerse de su celo aparente y el gran peligro de que había libertado á la Iglesia el Supremo moderador de los sucesos y de los imperios, quitando de enmedio á Mahomet cuando estaba ya con un pié en Italia. Todo el efecto que produjeron



las exhortaciones del Sumo Pontífice y los esfuerzos de los príncipes, se redujo á reconquistar á Otranto, donde la guarnición que había dejado Achmet, destituida de todo socorro con motivo de las turbulencias de la Puerta, tuvo á pesar de esa gloria de capitular con el ejército del rey de Nápoles y la armada del Papa. Parece que solo se vió libre la Italia del furor de los infieles para reanimar el de sus habitantes unos contra otros. El mismo Papa Sisto, á fin de proteger la libertad y los derechos de la Iglesia, se declaró contra el rey Fernando y se unió al principio con los venecianos (1). Despues se coaligó contra ellos con todos los príncipes de Italia, á quienes causaban alguna inquietud los progresos de aquella república (2). Llegó el Papa hasta el punto de excomulgarlos, y habiéndose hecho la paz despues de dos años de guerra y de desolacion en toda Italia, accedió á ella con mucha repugnancia. Sisto IV, tan afable para con sus parientes, pero naturalmente severo, tenia por virtud su inflexibilidad cuando se trataba de cualquiera otra persona. Para sostener sus guerras frecuentes, frutos de esta rigidez quizá estremada, se vió precisado á imponer nuevos tributos y á aumentar los antiguos, á hacer venales los destinos antiguos y los nuevos, que multiplicó, dicen algunos mal humorados críticos, sin mas causa ni motivo que el de sacar el dinero que esto le proporcionaba.

La Inglaterra, mas tranquila en apariencia que la Italia, gozaba solo de aquella calma peligrosa en que se forman sordamente las tempestades. Habiendo muerto el rey Eduardo IV, de la casa de York, el dia 9 de abril del año 1483, le sucedió su hijo primogénito, llamado tambien Eduardo, el cual

(1) Oauphr. in Sixt. IV.

(2) Bzov. ad an. 1481.

no pasaba de doce años. De dos hermanos que había tenido, el uno, que era el duque de Clarence, había sido condenado á morir ahogado en una cuba de vino griego, por ciertas conversaciones sediciosas; de suerte que el duque de Gloucester, esto es, el hombre mas perverso de aquella familia atroz, era el único que le quedaba para asegurar la corona en la cabeza de su hijo: Gloucester, mónstruo de naturaleza en el alma y en el cuerpo, feroz en el mirar, de siniestra fisonomía, sin fé, sin conciencia, sin respeto divino ni humano, sin ninguna especie de sensibilidad cuando mas la aparentaba, sin igual en el arte de engañar, y tan malvado que nunca acariciaba mas que cuando iba á clavar el puñal. Era cruel por instinto y por principios, y nada le importaba la vida de un hombre siempre que le sirviera de obstáculo. Este príncipe execrable se deshizo del rey su sobrino y su pupilo despues de dos meses de reinado, y se puso en su lugar con el nombre de Ricardo III. Tambien quitó la vida á otro príncipe, hermano del rey, para reinar tranquilo. Al cabo de dos años perdió la corona y la vida, pero en batalla campal: fin demasiado honroso para aquel mónstruo. Tal fué el último rey de la línea de los Plantagenetas, la cual venia reinando en Inglaterra había mas de trescientos años. La batalla de Bosworth, en que pereció Ricardo, acabó tambien con la larga y funesta disension de las ramas de York y de Lancaster. Su vencedor, Enrique Tudor, conde de Richemont, inglés, natural del país de Gales, y descendiente de los Lancaster por línea materna, fué proclamado rey en el campo de batalla el dia 22 de agosto del año 1485; tomó el nombre de Enrique VII, y reunió el derecho de la casa de York al de la de Lancaster, casándose con la princesa Isabel, hija de Eduardo IV.

Luis XI fué acometido de una apoplejía á los sesenta años, de la cual, si bien curó, quedó tan sumamente débil que

solo conservaba sus impetus y arranques naturales, y sus celos y desconfianzas, las cuales se aumentaban al paso que sentia irse disminuyendo sus fuerzas. Sin embargo, tuvo todavia la gloria de reunir á la corona el ducado de Anjou y el condado de Provenza, á consecuencia del testamento del rey titular de Sicilia, que le había instituido por su heredero universal. Poco antes había establecido las postas en los caminos Reales, con motivo de una enfermedad del delfin. El deseo de recobrar la salud le dió fuerzas para hacer una peregrinacion á San Claudio; pero aumentándosele la debilidad y los dolores se retiró al Real sitio de Plessis, cerca de Tours; mandó que le cercasen todo con rejas de hierro y con muchos centinelas, de modo que era inaccesible la entrada. Abandonado en aquella triste mansión á su humor naturalmente agreste, el cual se exasperaba mas y mas con la fuerza de los dolores, hizo todas las estravagancias y ridiculeces á que es capaz de reducir la prevision de la muerte ya cercana y la decadencia de la autoridad, presentando una mezalana risible, y al mismo tiempo digna de lástima, de invenciones estravagantes y de devociones ideadas por él. Bailles de muchachas al rededor de su castillo; compañías de flauteros, llevados de todas partes; oraciones públicas para calmar el viento cierzo que le era insoportable; procesiones continuas en todo el reino; fundaciones innumerables de todas clases; montones de reliquias recogidas en los países aun estrangeros; de todas estas cosas se echaba mano, para aliviar sus dolores ó para satisfacer sus caprichos. La santa ampolla, que jamás había salido de Reims, fué tambien llevada á la habitacion que él tenia en el palacio de Plessis. En una palabra, se divulgó tanto su empeño en buscar reliquias, que llegó á noticia de Bayaceto, el cual le envió una pomposa embajada, ofreciéndole todas las de Constantinopla con

una suma muy considerable de dinero siempre que consintiese en entregarle la persona del príncipe Zizim. Pero lejos de dar oidos el rey á estas proposiciones, no quiso ni aun ver á los embajadores turcos, les mandó salir de Marsella adonde habían arribado, y dió orden para que dijese al sultan que nada tenia él que ver con el enemigo capital del cristianismo (1). Ya había despedido antes con mayor dureza á los embajadores del rey Ricardo de Inglaterra, el cual, despues de su usurpacion, los envió para solicitar su amistad; y sin querer verlos, mandó que se les respondiese que miraba con horror á un parricida manchado con sangre Real é inocente. Refieren algunos autores singulares, que al mismo tiempo que daba el rey enfermo estas pruebas de virtud, tomaba baños de sangre de niños para templar la acrimonia de los humores que le atormentaban; pero ¿es creible que aun el mismo Luis XI pudiese incurrir en semejantes contradicciones, y sobre todo cuando no se presenta ninguna prueba capaz de persuadirlos?

El nombre de Francisco de Paula, fundador de los mínimos, era entonces muy célebre en todas las naciones cristianas (2). Todos los buenos le llamaban el Santo ó el siervo de Dios, y era muy deseada su presencia en las cortes, donde mas temia él mostrarse. A pesar de lo mucho que le gustaba vivir obscuro, y de que aspiraba á ser desconocido de todos, no podia conseguirlo á causa de sus virtudes brillantes y de la fama de sus milagros. Fernando, rey de Nápoles, el Sumo Pontífice y todos los cardenales le honraban á porfia. Luis XI, á quien ninguna cosa se le escapaba de cuantas podian contribuir á prolongar su vida, creyó que no había mejor medio para ello que hacer ir

(1) Comin. l. 6, c. 10.

(2) Contin. de Fleury.



desde Calabria al solitario maravilloso, de quien se decía que el Todopoderoso no le negaba ningún favor que le pidiese. Al principio le convidó por sí mismo, prometiéndole todos los buenos oficios de su liberalidad para el establecimiento de los mínimos en Francia. Después hizo que le instase el rey de Nápoles, su soberano; y como el siervo de Dios se mostrase poco afanoso de agradar á los príncipes, recurrió Luis al Sumo Pontífice. Estimábase entonces Sisto IV, porque á instancias de su sobrino el legado Julián había puesto en libertad al cardenal de Balua, que estaba preso mucho tiempo había como reo de Estado. Despachó Sisto dos breves á Francisco de Paula, exhortándole y aun obligándole, pena de excomunión, á que pasase inmediatamente á ver al rey de Francia y se interesase por la prolongación de su vida. Se puso Francisco en camino con el mayordomo del príncipe que había ido á buscarle (1482).

Causó tanta complacencia al rey la llegada del santo, que regaló un bolsillo con diez mil escudos al que le llevó la noticia. Luego que supo que estaba cerca de Turena, escribió al delfín, al cual tenía en cierto modo desterrado en el castillo de Amboise, para que saliese á recibirle con todas las demostraciones posibles de honor y respeto. Pero cuando el santo se acercó á Plessis, el rey, que le había salido al encuentro, acompañado de toda su corte, le recibió como si fuese el mismo Papa, según las expresiones de Comines. Se postró en su presencia, rogándole que le sirviese de protector para con Dios, mandó que le diesen habitación dentro del mismo palacio, y encargó á dos criados mayores que tuviesen cuidado de que no le faltase ninguna cosa, y que hiciesen lo mismo con los religiosos que le habían acompañado en su viaje. No contento con esto, dió orden para que se les edificase un convento dentro del sitio

Real y otro en Amboise. Iba el santo muchas veces á conversar con el rey, pero acerca de las cosas de la eternidad, y no de la prolongación de una vida frágil, cuyo término (le decía) estaba prefijado para él del mismo modo que para el último vasallo suyo, en el decreto inmutable á que era necesario someterse. Hablaba (dice Comines que se halló casi siempre presente) con tanta energía y nobleza, sin embargo de que no tenía ninguna instrucción en las ciencias, que decían todos no haber visto jamás hombre alguno por cuya boca se esplicase el Espíritu Santo más visiblemente. La mejor prueba de esta verdad fué la resignación y las demás disposiciones cristianas que acertó á inspirar á un príncipe que estaba tan distante de ellas á los principios. Este príncipe descontentadizo y que no pensaba más que en vivir, mostró una confianza y una amistad constante al que solo le hablaba de muerte y de eternidad. Los príncipes y señores más estimables pensaron acerca del Santo del mismo modo que el rey; pero la turba-multa de los cortesanos no dejaron por eso de burlarse de su simplicidad, llamándole con tanta frecuencia el *buen hombre* que por mucho tiempo no tuvieron otra denominación sus discípulos. Aquellos cortesanos le ridiculizaban con motivo de la singularidad de su traje, de su larga cabellera, pues nunca se cortó el pelo, y de todo su porte exterior, que á la verdad no le merecía ninguna atención. Santiago Coquetier, médico del rey, no se contentó con burlarse de él, sino que sugirió al príncipe que tentase al Santo por el lado del interés, para ver si de este modo podía hacer que perdiese Francisco su estimación, ó por mejor decir, su confianza, la cual quería el médico tener por entero. Este hombre, que era el más avaro y el más insolente que puede imaginarse, trataba á aquel terrible soberano como á un esclavo y percibía de él

diez mil escudos mensuales. «Yo sé muy bien (le decía frecuentemente) que me despedireis algún día, como habeis hecho con otros muchos; pero tened entendido que morireis ocho días después.» Conservó el favor del príncipe hasta el momento de su muerte por medio de este temor que siempre supo inspirarle, pero no logró jamás disponer al rey con San Francisco de Paula. Sintiendo Luis cada día más débil, llamó á su hijo el delfín, que estaba en Amboise. Le había dado el año anterior varias instrucciones, y la mejor de todas ellas era sin duda la de que no le imitase en la dureza con que había tratado á los grandes y á los príncipes de la sangre, ni en la imposición de los tributos, pues los había aumentado desde un millón y setecientos mil libras (unos seis millones y ochocientos mil reales), á que ascendían en el reinado precedente, hasta cuatro millones y setecientos mil libras (unos diez y ocho millones y ochocientos mil reales). Le repitió estas instrucciones, y mandó que se registrasen en el parlamento de Borgoña, creado por el mismo Luis XI, y en la cámara ó tribunal de cuentas de París. A esto se redujo casi todo el cuidado que tuvo de la educación de este príncipe, no habiendo querido jamás que tomase ningún conocimiento de los negocios de Estado. Como después de esto tuvo hasta tercera recaída, se le dió á entender con bastante claridad que se hallaba en gravísimo peligro. Envió al canciller á que llevase los sellos al delfín, nombró á este por rey, exhortó á todos á que le fuesen fieles, y dió varias órdenes con tanto juicio y presencia de ánimo cual jamás había mostrado. En los pocos días que vivió después no se le oyó quejarse de los dolores que padecía, y recibió todos los Sacramentos con mucha piedad, implorando continuamente el auxilio de la Virgen Santísima y pidiéndola con particularidad el favor de morir en sá-

bado. En efecto, murió el sábado, día 30 de agosto de 1483, á los sesenta años de edad y veintitres de reinado. Se trasladó su cuerpo, según lo había dispuesto, á la iglesia de Nuestra Señora de Clery, cerca de Orleans, edificada por orden suya: y era tan grande el anhelo que tenía de que en aquella iglesia permaneciese su cadáver, que impetró del Papa una bula de excomunión contra los que le llevasen ó hicieran llevar á otra parte. Había dispuesto por sí mismo las ceremonias de su entierro, y fué obedecido con tanta puntualidad como si todavía viviese. Le sucedió su hijo único Carlos VIII, al entrar en la mayor edad; según el reglamento de Carlos V, esto es, á los catorce años.

La vida de Luis XI es un tejido de incoherencias y contradicciones, que forman de su carácter un problema inesplicable. Se revistió de todos los caracteres, sin tener ninguno propio, como no fuese el de la extravagancia y veleidad. Incurrió en todos los extremos y nunca supo acertar con el justo medio. Tuvo bajeza y orgullo, aturdimiento y tino en sus juicios, vicios y virtudes. Estaba dotado de un talento profundo y perspicaz; era fecundo en recursos, hábil político, versado en las ciencias, á cuyos progresos contribuyó, aumentando mucho la biblioteca Real, empezada por Carlos V en Fontainebleau, y trasladada al Louvre por Carlos VI; era muy valiente aunque gustaba poco de la guerra; capitán y soldado, como lo manifestó siendo delfín; vigilante, infatigable, atento á todo, amante de la justicia y exactísimo en administrarla á los particulares con un rigor ejemplar; en una palabra, adornado de casi todas las cualidades que constituyen á los grandes reyes y á los grandes hombres. Pero los estravíos de su entendimiento y un corazón apocado formaron de él un mal súbdito y un mal rey, un mal hijo y